



El tiempo sin edad. Etnología de sí mismo

Daniel Matusevich



Autor: Marc Augé
Adriana Hidalgo editora,
2016

Siguiendo aquella idea de Villoro que concibe a la escritura como “la apuesta inconmensurable de que alguien llegue a esta línea”, en esta ocasión apostamos por un antropólogo con una de las miradas más lúcidas y claras del escenario humanístico actual.

Nos referimos al impar Marc Augé, quien nos plantea en *El tiempo sin edad* una de las reflexiones más potentes que se hayan escrito acerca del envejecimiento, el paso del tiempo y la finitud. Las escasas cien páginas de ninguna manera se constituyen en un obstáculo, ya que los capítulos, si bien breves, están perfectamente sincroni-

zados y pensados, como sucede en las obras mayores de la literatura, hasta llegar a la increíble meditación final.

El hecho de vivir en una sociedad en la que la vejez transcurre “tras las bambalinas de la vida social” hace que el mérito de esta trabajo sea mayor aún, ya que está totalmente alejado tanto de la corrección política como de las miradas oportunistas, tan en boga en estos tiempos en los que los manuales de autoayuda y las reflexiones absolutamente superficiales monopolizan el panorama editorial.

No por analizar el final descuidaremos el principio; allí Augé realiza una comparación entre las personas y los animales (en este caso un gato) para dejar claramente planteado el camino que seguirá el texto: “...el gato no es una metáfora del hombre, sino un símbolo de lo que podría ser una relación con el tiempo que logra hacer una abstracción de la edad. Nos bañamos en el tiempo, saboreamos algunos instantes, nos proyectamos en él, lo reinventamos, jugamos con él; tomamos nuestro tiempo o lo dejamos deslizarse. Es la manera primera de nuestra imaginación. La edad, por el contrario, es el descuento minucioso de los días que pasan, la visión en sentido único de los años, cuyo total acumulado, cuando se enuncia puede sumirnos en estupor. La edad acorrala a cada uno de nosotros entre una fecha de nacimiento de la que, al menos en occidente, estamos seguros y un vencimiento que, por regla general, deseáramos diferir. El tiempo es una libertad; la edad, una limitación. El gato, aparentemente, no conoce esta limitación”.

El autor plantea que debiéramos desprendernos de los años para comenzar a habitar un tiempo sin edad,

que es lo mismo que decir abolir una serie de limitaciones que son parte de nuestro diario existir y sin duda alguna condicionan nuestro ser en el mundo. La finitud y sus misterios, la manera en la que lo absoluto del final atrapa y atribula a cada quien está puesta en entredicho en este breve texto con una propuesta compleja e ingeniosa que se apropia tanto de la filosofía como de la narrativa y de la antropología para desplegar sus condiciones de posibilidad.

Augé dice claramente que los años van provocando un efecto de exclusión de la vida social, manifestándose algunos fenómenos muy curiosos que vale la pena considerar, como, por ejemplo, que “el viejo prestigioso, hoy en día, no debe aparentar su edad”. Esto nos lleva a un camino sin salida en el cual lo mejor que le puede pasar a un viejo es parecerse a un joven (el mejor piropo que se le puede decir hoy día a un veterano o a una veterana es: “Qué joven que estás”) debido a que la juventud representa el ideal, mientras que la vejez sin duda está ubicada en el polo opuesto. La interrogación acerca de la edad es inevitable, por eso Augé plantea que cuando nos sumergimos en esas cavilaciones nos transformamos en etnólogos de nuestra propia existencia, en buceadores de “las semimentiras y las semiverdades de las que nuestra vida está colmada”. Estos pensamientos son retomados más adelante en el capítulo denominado “Aparentar su edad”, ahí el autor redobla la apuesta con frases como estas: “...aparenta su edad el que la sufre, que soporta pasivamente la acción del tiempo, cuya apariencia física acusa el peso del tiempo, lo expresa directamente o hasta lo anticipa. Quien aparenta su edad se deja tomar por ella. Quien aparenta es pasivo y sufre. El que no lo hace, se presume, por el contrario, el que tiene una vida activa, sana, una energía que atenúa o hace más lentos los efectos de la edad”. La idea se repite varias veces, la edad como Némesis de una vida vivida libremente, nuestro autor parece sugerirnos que sumergirse en el paso del tiempo es el único antídoto posible, la única salvación que nos permitiría evitar “...avanzar en la edad como se avanza hacia alguien, pero, cuando se llega, a la misma edad se la llama ‘avanzada’, como si fuera algo de vanguardia. La combinación de dos metáforas desemboca casi en la imagen de una colisión cuando decimos de alguien que alcanzó una edad avanzada”. Estas ideas nos sugieren una vida vivida día a día opuesta a una vida planificada en cada uno de sus detalles; los años nos encarcelan con su promesa de finitud, vivir un tiempo sin estructuras es la única llave capaz de abrir la prisión.

En la misma línea analiza los eufemismos con los que nuestra sociedad hace mención a la vejez: “...tercera edad, cuarta edad no hacen sino aumentar la sensación de malestar, como si algunas palabras dieran miedo. Una vulgaridad de sentido inverso prodiga, por el contrario, a la dignidad del sustantivo algunos adjetivos como ‘joven’.”. El efecto de visitar los lugares comunes donde son relegados los viejos es planteado por Augé a través de la utilización de una fina ironía capítulo tras capítulo; esa estrategia produce, más que un efecto de saturación, un efecto de iluminación, debido al gran ingenio

aplicado a las comparaciones y a la selección de ejemplos: Cicerón, la vejez de los escritores, James Dean, De Beauvoire, Flaubert y muchos otros.

Augé se formula la pregunta acerca de cómo se cuenta el pasado, cómo cada quien se lo narra; la respuesta viene a través del análisis de *El mundo de ayer*, las memorias del gran Stefan Zweig, primo hermano de Sándor Márai, del cual nos ocupamos en nuestro último comentario: “Cuando Zweig sueña con París, ese punto luminoso da profundidad a su cuadro de los años pasados y subraya su espesor infranqueable, irremediable; lo atrapa la evidencia de la edad, la actualidad siniestra y el carácter considerado irreversible de su experiencia del exilio”. Parece decir que el objeto de las memorias (esta línea de análisis vale también para Márai) está más relacionado con el paso del tiempo y no con la vida de la persona, un paso del tiempo trágico del cual solo pudieron escapar a través del suicidio. En ambos autores es fácil constatar la desesperación por los años perdidos, que fueron registrados con precisión en diarios absolutamente detallados que se terminaron convirtiendo en testamentos y hojas de ruta para todos aquellos interesados en la muerte por suicidio. En la misma línea celebramos la reedición de los diarios de otro grande, Cesare Pavese, compañero de decisiones de los dos maestros centroeuropeos.

El capítulo final es un verdadero *tour de force* que nos ayuda a pensar nuestro propio envejecimiento, analizando la relación con los otros y con la naturaleza: “Tener más edad es experimentar nuevas relaciones humanas: es un privilegio que muchos no conocerán y es bueno tener conciencia. La vejez tal vez sabe algo en definitiva, no hay que hacer una montaña de un grano de arena, como se decía en mi infancia”. Reconocer los granos de arena y las montañas, frase maestra del que enseña sin enseñar, que nos invita a mirar hacia adentro y cuestionar las reglas establecidas: “...la acumulación de esas reglas, ¿de verdad me concierne? ¿De verdad me convertí en mayor a la edad de veintiún años? ¿Me convertí en otro una vez jubilado? ¿Ya no tengo nada más que decir a partir de los sesenta y cinco, setenta u ochenta años? Peligro de estas reglas: ¿Cuándo se les va a prohibir votar a los viejos?”.

Augé ya nos había dado sobradas muestras de ser un gran escritor, un fino observador de las circunstancias humanas, en este texto a eso se suma una gran sabiduría para iluminar aspectos muy complejos del alma humana y es por eso que le estamos eternamente agradecidos.

“El tiempo en el que se empapa la edad avanzada no es la suma acumulada y ordenada de los acontecimientos del pasado. Es un tiempo palimpsesto; todo lo que está escrito en él no se encuentra, y sucede que las escrituras más antiguas son las más fáciles de sacar a la luz. La enfermedad de Alzheimer no es sino una aceleración del proceso natural de selección por el olvido, al término del cual resulta que las imágenes más tenaces, cuando no las más fieles, son a menudo las de la infancia. Nos alegremos o la deploramos, esta comprobación implica una parte de crueldad y hay que admitirlo: todo el mundo muere joven.” ■